

Francisco Segovia

LO QUE QUEDA

CopIt-arXives

Publishing Open Access
with an Open Mind

2017

Este libro contiene material protegido por leyes de autor
Todos los derechos reservados © 2017
Publicado electrónicamente en México, por CopIt-arXives
Obra editada por Octavio Miramontes.

Lo que queda

[Autor] F. Segovia.— México CDMX: CopIt-arXives, 2017
ISBN: 978-1-938128-14-1 ebook

Derechos y permisos

Todo el contenido de este libro es propiedad intelectual de sus autores quienes, sin embargo, otorgan permiso al lector para copiar, distribuir e imprimir sus textos libremente, siempre y cuando se cumpla con lo siguiente: (i) el material no debe ser modificado ni alterado, (ii) la fuente debe ser citada siempre y los derechos intelectuales deben ser atribuidos a sus respectivos autores, (iii) estrictamente prohibido su uso con fines comerciales.

Producido con software libre incluyendo \LaTeX . Indexado en el catálogo de publicaciones electrónicas de la UNAM y en Google Books.

Los editores agradecen el apoyo de DGAPA-UNAM a través del proyecto PAPIIT IN-105015

ISBN: 978-1-938128-14-1 ebook

<http://scifunam.fisica.unam.mx/mir/copit/>

CopIt-arXives

Cd. de México - Madrid - Curitiba
Viçosa - Washington DC - London - Oxford

Con el apoyo de la
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Física

et el su lenguaje ya tornado es en ageno
et en palabra estraña
—Alfonso X

No, no se prestan a una suave melancolía
estas ruinas nuestras.
—Victor Klemperer

1

Hay un silencio de las palabras
y un silencio del silencio.
Del primero tomamos
todavía nuestro aliento
nosotros –los que menguamos ...

2

Nosotros los que aún
nos juntamos en la plaza del mercado
sabiendo que no hay riqueza
que no venga de la tierra
regalamos nuestra fruta
a migrantes y extranjeros:
que teniendo alguna cosa
que tomar y agradecer
sientan un alivio en su tristeza.
Cuando pasan por aquí
no extrañan sólo su terruño.
Echan en falta –sobre todo–
decir en su lengua esas palabras
con que todos le pedimos
frutos a la tierra.

3

¿A dónde se fue aquel cielo en cuyas playas
vagaba libremente aún nuestro deseo?
Había en su luz como un presentimiento
de que aquello que viniera no vendría
sin saber reconocernos.

Era clara entonces
la lengua que hablaban nuestras leyes
y al oír las palabras se sentía la inminencia
de todo eso que prometen las palabras.

Pero hoy nos rige una jerga envilecida
de tinterillos y fiscales una lengua
que no espera una respuesta ni permite
que se hablen las palabras entre sí.
En lo que oímos ya no suena el eco
de lo que oyeron nuestros padres.

¿A dónde se fue ese cielo
en cuya luz era el deseo
quien hacía madurar nuestro deseo?
Hoy sólo veneramos dioses huecos
que no atienden oraciones sino diezmos
y nuestras leyes ya no aspiran
a nada que no abulte entre las manos.

En este vasto cielo neutro
ya no nace como un don el sol
ya no se pone.

4

Aquel pequeño mundo
en que aventábamos el grano
a que lo cribara el viento
era más ancho que éste.

Allá el olor de lo silvestre y lo salvaje
tenía cobijo entre los muros de la casa
y lo más íntimo y secreto
se ovillaba a cielo abierto
en los brazos de la tarde.

No era sólo el orden
lo que daba corazón a nuestra tierra.
Entre las matas crepitaba todavía
la inmoderada vida de los dioses ...

Nada nos hablaba entonces como ahora
desde un solo punto y en el mismo tono.
Cada voz daba noticia de las suelas
que había gastado en el camino.

Y no es que nuestros sueños fueran pobres.
Es que nos gustaba aquel destino simple
que podía tomarse con la mano
lo mismo que una piedra.

Aquel pequeño mundo
daba su peso entero a las palabras.
En lo que cada quien decía
ardía siempre una promesa
—palabras empeñadas
cuyo sentido sacia el tiempo ...

Pequeño pero a escala de los hombres.
Mucho más ancho que éste.

5

Nuestras palabras antes
bregaban en el mar con ganas
de alcanzar la playa y el reposo.

Hoy se entregan simplemente
a la deriva del silencio
y nunca llegan a ningún puerto.

Para nosotros no hay orillas.

6

Tú no conociste el horror
de vivir entre cosas que no cambian
si las nombras las recuerdas o las sueñas ...

Cuando tú llegaste
el mundo que llegó contigo no era tuyo
como había sido mío el mundo mío ...
Tú traías en los ojos una luz extranjera
que despejó el espacio y desplegó sus nimbos
—uno para el sol otro para la piedra
uno para los sueños otro para el agua ...

Así arrancaste de mis puños
lo que yo tenía solo para mí
y lo pusiste allá —a salvo de ti
de mí : a salvo de nosotros—
donde nada es propiedad de nadie
pero nada es sólo para sí.

Yo aprendí entonces
a soñar este mundo como otro mundo
y a intuir en él una verdad ausente.
¡Ese exilio era mi alegría!

Pero hoy nos hemos despertado
en la penumbra ciega de un país
donde campea otra vez aquel silencio
de cosas apretadas que no oyen
no responden no son nunca
otra cosa que ellas mismas

Nos hemos despertado
en medio de este horror
que tú no conocías.

¿En quién vamos a esperar ahora
una luz que llegue de otra parte? ...

7

Nos ha mirado el cielo neutro
con el ojo glauco de Tiresias.
Y lo que ha visto es chato
y liso y sin hondura como un muro.

Pero no es que no pueda ser de veras hondo
lo que mira un ciego
ni que sólo sea profundo aquello que adivina.

Lo que el cielo ha visto es este llano
arrasado y pobre y tan vacío y neutro
como las cosas que mira sin mirarlas
el ojo glauco de Tiresias
creyendo que ha visto algo
cuando sólo ha adivinando
la ceguera que le causa vernos.

8

Dicen que ya viene el Milenio
la Parusía la Aporía el Juicio
y que hallemos un pan
para ocultar en él la llave
y tragarnos de golpe el migajón
sin que se note.
Que hagamos de tripas corazón
porque ya viene la edad y nos conviene
sepultar toda belleza y amar tan sólo la ternura
que va a florear cuando al fin todo termine.
Que hundamos lo que aún nos queda
—palabras y recuerdos— en un pan
que podamos tragar sin masticarlo...

9

Dicen que el espíritu recorta
su sombra sobre el plano cartesiano
y que hay del alma un hipercubo
y una cinta de Moebio ...

Que un botón redondo y apretado como un cero
se abre a las muchas dimensiones
multiplicando sin fin sus pétalos
y que una simple cochinilla que se cierra
vuelve al punto del origen ...

Pero dicen también
que todo esto es ilusión :
huella del engaño del Demiurgo ...

¿Qué hago entonces yo con esta cara
que se pliega y se despliega sobre el agua
como una hoja de origami?
Es una en los estanques y otra
contra el vidrio y la obsidiana
frente al fuego entre la bruma.

¿Qué hago yo con este nombre
cuyas letras son apenas
una ínfima fracción del anagrama
que el Creador no va a leer jamás
de nuevo entero?

Sombra nombre imagen : fichas
que el azar arroja a sus escaques
para que juegue el tiempo :
vasijas contra piedras
tepalcates letras rotas
donde no se va a decir
otra vez lo que se dijo ...

10

Vino Martínez El Hombre Nuevo
a enseñarnos el orden del universo :
—Solo en lo suyo cada quien—dijo—
que no hay que ser incondicional
ni de amigos ni hermanos ni hijos ...
Sólo en lo suyo cada quien. En lo suyo.
Y los botones del traje a punto
de saltársele del pecho.

Anoche vino El Hombre Condicional
a dejar claro el asunto :
—Yo no pondría la mano al fuego
ni por madre ni padre ni nada ...
Engomado hacia atrás el cabello
las uñas recién limadas
y las venas del traje a punto
de saltársele del cuello.

Como siempre llegó de improviso
seguro de que la cena
de nuevo iría por nuestra cuenta:
—*Realpolitik* amigos ¿entienden?
Nada de ideología ... Es muy sencillo :
el instinto nomás del más fuerte ...
Uno debe comenzar
por darse perdón a sí mismo.

Lo comprendimos sin más razones :
A la hora de la verdad
cuando salten las venas y los botones
sin inmutarse nomás dirá:
—No respondo de mí mismo.

The Unimpeachable New Man ...

Vino Martínez —Narciso Pusilánime—
y dejó claro que no sabe

serle fiel ni a su reflejo.
Pero en su voz adivinábamos
que hoy o mañana —en cualquier momento—
sin dudarle va a entregarnos.

11

Vivimos de este lado de la puerta
como detrás de un tímpano
—escuchando solamente— como detrás
de una cortina hecha de látex donde a veces
alguien se recarga o da de golpe
y entonces distinguimos la presión de un hombro
de una mano de una —más que cara— una careta :
el gesto fijo de la boca sin el hueco de la boca
—boca somera como embozada en una media—
los ojos siempre en blanco sin pupila : un mero globo
en la presión de su glaucoma ... Pero oímos
—nosotros sólo oímos— el gesto repujado
contra esa malla elástica ...

Nuestro teatro de sombras es un teatro de bultos
que de pronto se ven y de pronto no se ven
como las cosas que ilumina tartamuda
la luz de un estroboscopio : un trozo de torso
un flanco que definen el hombro y la cadera (sin cintura)
la punta de una nariz que corona el alféizar de las cejas
y una piel —siempre una piel— lisa
sin grietas sin vello sin arrugas ...

Quisiéramos a veces abrir la puerta
—“Pase usted”. “¿Cómo dijo que se llama?”—
ver un rostro entero escuchar su nombre
y aflojar —dejar caer— tanta tensión de fondo ...

Pero rasgado el tímpano ¿qué haríamos?

12

Pasos en la escalera en el pasillo —impacientes
y arrendados a la vez— pasos en sordina
como el arpegio que puntean unas yemas en la mesa
prorrogando la violencia en los juzgados... Pasos :
martinetes que apagamos en la felpa del pecho
—ese piano ya sin cuerdas.

Porque estamos sin voz. Estamos sin aliento.
Nos han atado las vocales en un nudo
que palpita y se agranda en el pescuezo y ya no logra
destramar el entrevero deshacer el enredijo
de las tantas consonantes que azolvan nuestro cuello
—bola de pelos que no vomita el gato—
que no pasan la alambrada de los dientes
y no se dan al aire ...

Nuestros labios son de esparadrapo.
Son de estopa — amordazados ... Pasos...
Pasos : sílabas calladas acalladas... Ya no somos
más que oídos : amplios pabellones sin estorbos
para esa adrenalina que nos colma el corazón a cada paso
para esos súbitos bochornos que arramblan el resuello
el pasillo la escalera la membrana sonora de la puerta

No son otra cosa ahora nuestras almas : sólo oídos.
Oídos minuciosos que se tienden a todo lo que pasa
—no allá abajo : aquí : al otro lado de la puerta—
oídos que se tienden a todo lo que pasa
impaciente y arrendado de ida o vuelta en la escalera
cada vez más cerca en el pasillo en el umbral
el quicio demudado aquí
en el mudo diapasón del costillar y en la garganta
que se traga su cuajo de palabras y no siente
sino el paso de los pasos
y el eco hueco de las botas.

Orejas para eso que hace resonar en el oído

—muy adentro : en su oscuro laberinto—
la voz íntima y secreta de la súplica el grito y el reclamo.
Y aquí adentro —a oscuras y en celada : aquí
muy dentro— nos hace agradecerle a Dios
que allá afuera no haya nada —que no hay ya nadie afuera—
y que amaine y ya se extinga la avenida de los pasos
que inundaron el pasillo y la escalera ... Agradecerle
que al fin haya resuelto su inminencia en otra sala
en otro cuarto y en las voces que se callan allá arriba
y que al fin nos deje en paz
con la impasible gota categórica
que seguirá golpeando a solas el lavabo
—esta noche y mañana y la siguiente—
un piso más arriba.

13

Llegaron juntos. ¿Quiénes eran?
No dijeron su nombre ni dieron ninguna seña.
Sus pasos hacían rodar grava bajo las suelas.
No saludaron a nadie. Pero al cruzar la verja
ya iban soltando sus ráfagas
con manos rápidas y fáciles.

Entre una y otra andanada
el humo recobraba su acomodo y su silencio
—la blanda compostura con que siempre sube al cielo—
y después volvía al escándalo que grita la metralla.
¿Cómo es que vimos eso
en medio de tanto fuego?

A cada pausa recargaban el resuello
los cuernos de chivo que estaban
mirándonos fijos el pecho.
Hasta que un escozor en los dedos
volvía a azuzarles la rabia.
Quedamos sordos.
Pero más quedamos ciegos.
Y el sol arriba tan ajeno
en su agujero de oro.

Vinieron juntos. ¿Quiénes eran?
A plena luz. Al mediodía. ¿Quiénes eran?
No abrieron nunca la boca. Nunca nada dijeron.
Al salir iban hundiendo sus pasos en la sangre
que se quedó empozándose en un charco hasta la tarde
como botín para la lengua de sus perros.

14

El mundo dura un poco menos
pegado a la rendija de un vagón de carga
que en la memoria de los ojos
o en la lenta lejanía

menos pegado a la rendija
—donde lo vemos pasar de viaje
casi al alcance de la mano—
que en la memoria de los ojos

menos en la memoria de los ojos
—que siguen mirando un instante todavía
su presencia ya intangible—
que en la lenta lejanía

la lenta lejanía desde donde una cima de montaña
se empeña en viajar junto a nosotros
siguiéndonos suavemente como nos sigue
el ojo fijo de la muerte.

15

Andaba por el arroyo
no a la orilla del camino.
Si se cruzaba con alguno
lo saludaba a gritos desde lejos.

—Nada de jactarse —le decíamos—
ni de tender la ropa al paso de los aviones.

Pero no escuchaba
y si escuchaba era tan sólo
por tener algo que objetar.

—Aquí no manda tu gusto —le decíamos—.
Hay palabras de veras justas.
Palabras que no domina un “pero” ...

Nos apartamos de él ...

Estaba solo cuando entraron a su casa.
Pero esa vez por una vez guardó silencio.

16

¡Que todo aquello era política!

Las noches sin dormir los labios rotos
y en el pecho de las mujeres esa escarcha
que fundían los niños al mamar su leche
—aquellos niños : mero montón de sombras
que cuajaban sólo porque en algún lugar
han de cuajar las sombras ...

Mesnada de espectros que huían perseguidos
persiguiendo en la montaña una frontera
que a su vez huía un horizonte
que a esas alturas no quería
saber ya nada de ellos ...

Pero allí
mostrando el lomo apenas por encima de la nieve
como un cetáceo bruno que sale a respirar
allí de pronto en un pliegue de la falda
donde ya nomás el hambre espoleaba nuestro ascenso
allí brilló la hogaza intacta.

El guía la partió por la mitad con su navaja
sin dejarnos ver sin explicarnos
que achicando de ese modo el pan
nos agrandaba aquel milagro :

—Por los que vengan —dijo
y regresó el trozo a que llenara sólo a medias
la hollada huella de su forma entera
como una media luna ...

Pero
¿no es también el menguante una luna entera?
¿No éramos entonces todos —todos los hombres—
esos hombres que veían sus almas deshilarse
contra aquellas varas grises y huesudas

que querían retenerlas?

Mesnada de sombras
donde hundían al vuelo
sus garras los aviones.
Hueste de sombras
que dejaron sin embargo
la mitad de su pan
para otros hombres ...

¿Es que nadie lo recuerda?
¿Es que nadie sabe ya mirar
(y nadie mira) la justicia
en una media hogaza
de pan sobre la nieve? ...

17

Los he soñado —ya casi sólo greda—
fundiéndose a la tierra de los llanos.

Y entonces he deseado
que los disperse de prisa la intemperie.

Los he soñado a punto
de terrón y polvo a punto
de salvarse ... a punto ...

Y al despertar me he preguntado crudamente :
¿Habrán llegado ya los buitres a sus ojos?

18

Se amontonan las nubes ...

Que no miren allá arriba
lo que están a punto de hacer
con nosotros acá abajo.

19

Cuando llegue el día del Juicio
se alzarán todos los cuerpos
de tus tres o tus mil encarnaciones.
Y sonarán de nuevo las palabras
que dijo tu alma o que dijeron
las almas que dejaste entrar en ella.
Verás entonces que nunca has sido
más que un temblor de hojas en el árbol
cuando intuyen su raíz : un chisporroteo
de pavesas que se agitan
en torno de una vela.
Y volverás volverás
a saber que en su tenue llamarada
crepitará el enjambre de tus chispas
una y otra vez mientras tu Biblia
siga escrita en un abecedario
al que le falta una letra.

20

Miramos desangrarse el alba en la mañana
y cómo el día lava luego su sanguaza
—en éter la diluye en el éter la esfumina
hasta que ya no queda rastro de ella ...

Nos juramos entonces no olvidar jamás
cómo se vaciaron sus venas poco a poco
aunque sabemos bien que eso nos condena
a no mirar en el sol de mediodía
sino el fierro al rojo vivo
que cauterizó la herida.

21

“No la mires —me decía Pedro—.
Mientras más la miras
más tarda el agua el hervir”.
Pero él se quedaba ahí mirándola conmigo
horas y horas como en trance hipnotizado :
agua quieta que se inquieta un poco en el pocillo
pero no acaba de romper en un hervor ...

Así es el tiempo entre estos muros
donde él y yo pactamos —ya hace no sé cuánto—
sacarnos mutuamente de los trances en que entramos
al mirar las cosas simples :

los pocos utensilios de cocina
de baño de vestir y de dormir
la cama de cemento : sarcófago invertido
(la momia expuesta cada noche)
el cucharón de peltre azul picado de viruela
el bacín de peltre blanco (fantasma
que en las noches roza nuestra piel
con su helado escalofrío)
la palangana bondadosa
que abre su cuenco en una suave curva
como un par de brazos tendidos al abrazo
el flaco ventanuco de allá arriba
por donde pasa la luz como una sombra
sin mostrar jamás el bulto de su cuerpo
los dos aviesos tenedores y el cuchillo
de perenne tentación ... Cosas simples
sin más allá sin más promesa ni horizonte
que el misterio de su nombre y de su forma :

el cántaro perfecto ya desde la antigua Grecia
y el Perú prehispánico y la Mesoamérica arqueológica
la milagrosa silla de madera y su pobreza franciscana
la altura exacta de la cama en que se sienta el prisionero
a desatarse ¡con qué lujo! los zapatos ...

Cosas simples cotidianas
en las que no se piensa por pensar en otras cosas
o por pensar otra cosa de las cosas
otro horizonte
un más allá ...

“Ya no la mires” —decía Pedro
de cualquier cosa que estuviera yo mirando
como quien espera su hervor su flor su fruto
y esperando lo posterga lo estorba lo conjura.
Pero se quedaba ahí conmigo prorrogando el futuro
como si se entrenara ya para mirar
como miramos hoy : sin vislumbrar un más allá
siempre desde más acá del horizonte
en blanco hipnotizados congelando
el correr del tiempo el paso de esta vida
encogida entumida anestesiada ...

No
que no nos saquen al sol al patio contra el muro
que no nos quiten de mirar las formas simples
 que la eternidad perfeccionó con tanto esmero
que no rompa a hervir de pronto el tiempo
 que allá afuera se va a acabar y consumir.

22

El viejo fresno se sacude
la luz de la mañana

Una andanada de esquirlas
nos hace apretar los párpados.

23

Hemos luchado porque no llegue el invierno
con su ojo de vidrio.
Porque no caiga sobre la tierra aterida
la gasa helada de la primera nieve.

Hemos alzado la mirada viva aún al horizonte
tratando de izar un poco aquel sol exangüe.
Y levantamos la nariz —como los hombres libres—
por respirar un aire más alto y más liviano.

Pero ya declina el arco de la eclíptica ya cae
como un párpado que pesa y se entrecierra.

Cada día el día llega
con una luz más porosa
más trufada de sombras
menos luz.

Nos abrazamos las rodillas resignados
a pasar la noche cada quien en su crisálida
—este ovillo de sisas reventadas este ovillo
que ya nadie remienda.

Desde la esquina en que se tocan todas
las líneas paralelas
el ojillo de vidrio quizá mira quizá sueña
cómo vamos descendiendo mudos
a la definitiva inercia.

24

Una punzada y otra y otra.
El frío te muerde las tetillas.
Quisiera arrancártelas
de un solo mordisco.
¡Pero es tan chica su boca!

25

¿Qué son esos hombres? ¿Sombras
que se enredan entre sí como una hiedra
y apenas logran avanzar contra los muros?

Se acercan a la zanja
donde arrojan otras sombras
apenas más pesadas que ellos mismos
—pues éstas al menos caen ...

¿Y qué son esos que así caen? ¿Hombres
destramados de la urdimbre de la vida? ...

Cada tarde esa misma aparición
de sombras raídas caladas verjuradas
ese vaivén de helechos que se comban
sobre la raja negra de la zanja esas sombras
que apenas rayan la penumbra
y no dejan huellas en la nieve.

A veces al lanzar las otras sombras
se van con el movimiento y se derraman
al fondo del surco y ya no vuelven ...

Se hunden sin decir una palabra
sin una gota de sudor
sin que quede en ellos ni siquiera
el cansancio tras la obra
el consuelo del esfuerzo
la redención por el trabajo
y menos aún un poco de humedad
en sus ojos secos ...

Se derraman y no vuelven ...

Pero siempre detrás de ellos
llegan otros muertos a enterrar a sus muertos :
meros harapos que perdieron

el cuerpo que cubrían ...

Los miro echar sus sombras delante de nosotros
—no con piedad— con el espanto
de quien avanza un paso y sabe
que pronto ha de llegar
al comienzo de la cola.

26

Dicen que al morir soltamos el aire
que se nos escapa el alma
por todos los agujeros
y el cuerpo se afloja y se distiende
como un hato al que le cortan los mecates
se libera ...

Pero entonces
¿por qué mientras vivimos
no sentimos que aguantamos el aliento
que estamos apretados presos liados
que las cuerdas nos desuellan
las muñecas y las corvas?...

¿Tenemos que morirnos finalmente
para saber que alguna vez tuvimos vida
y que estando vivos éramos tan sólo
aire embutido en un bulto de tela?

Veo pasar las sombras entre las sombras
y los soplos de aire por el aire.
Y en todos ellos veo el nudo que los ata todavía
a lo que siempre los tuvo atados.

27

No es de veras ritmo
el vaivén de las hojas sueltas en el viento
sino el temblor de las que aún están prendidas
al cepo de la rama.

No es ritmo la libertad del libre
sino el ansia del esclavo.

28

El cielo pone en blanco el ojo de agua
—enfermo del glaucoma del invierno
sin pupila sin mirada— y luego deja
que en él se pose lentamente
la penumbra del ocaso ...

También en mi vaso el agua
se va opacando poco a poco
como el oriente de una perla por la tarde :
junto a la nieve está cayendo
el leve hollín que suelta al aire
la odiada chimenea ...

★

No voy a beber de esta agua sucia.
Pero tampoco voy a derramarla
por guardar mezquinamente el vaso ...

En este campo helado
donde un tenedor y una escudilla valen
lo que uñas y dientes para aferrarse a la vida
la vida misma nos enseña que si no hay nada
por lo que valga la pena dar la vida
entonces la vida no vale nada ...

Entrego pues mi vaso a la intemperie
a que lo santifique el agua negra.

29

Lo vimos pasar hacia el retrete
humillado y humilde en su pudor.

Lo vimos pasar
y nos dejó humillados su humillación ...

No hay desnudez que veje más
que la desnudez de un viejo.

El tiro de la piel rozando las rodillas
como en los elefantes ...

30

Se fue desasiendo tanto que su vida
pasaba ya por él sin conocerlo.
Le confundía la cara con la cara
de sus reencarnaciones : el asceta
el cirrótico el poeta el defraudador el ángel
el ciego el contador quizá el amante ...

Tampoco la muerte supo
qué nombre poner sobre su lápida.

31

Se abrazó a sí misma
como un tronco que echa costra
encima del muñón.

Hablaba sola y hacia adentro como el árbol
que se meneaba apenas ominosamente
detrás de la ventana.

Su esposo pasaba a su lado
ciego y sordo y mudo
y sin sentir su presencia.

Lo miró morir a solas
recostado contra un muro de su cuarto
y en su fronda no se movió ni una hoja.

Se abrazó a sí misma :
mera sombra del árbol
que el viento dejó por fin en paz
detrás la ventana.

32

Ni en sueños
perdía el Norte

Sonámbula
como una brújula

33

Lavaba su plato
y escombraba su sitio como todos.
Pero él lo hacía con atildado orgullo.
Le parecía que eso era lo justo
y cumplía con la ley.

Nunca permitió que nadie
hiciera por él su trabajo
ni se ofreció jamás
a relevar a nadie en el suyo.

Creía que era justicia
la disciplina.

Iba y venía afanoso
como un pájaro que trae
varitas para su nido.
Pero le hubiese dado lo mismo
tejerlo en una tierra ajena.

Hoy es magistrado y aún cree
que la justicia está servida
si cada quien lava su plato.

34

Después de las palabras llega algo
—la turbulencia de su cauda la estela el remolino—
que nos alza un instante entre sus manos
y después nos suelta a que caigamos lentamente
como las hojas que dejan hechizadas los coches al pasar.

Después de las palabras queda algo
que nos hacer saber en su vaivén que quien hablaba
era algo más que lo que dijo y algo más
que su historia sus recuerdos y su nombre :
que era además un ritmo una cadencia este meneo
que aún dura y aún nos mece.

35

No te retiraste Tú
de lo más hondo de ti mismo
para dejar que en ese hueco
bordeado de amargura
sentara sus reales el silencio.

Porque es en esa herida
donde se dicen y se oyen
las palabras de los hombres :
un campo abierto a la intemperie
un ancho mundo ...

También los hombres hoy
se retiran de sí mismos.
Pero ya no miran con azoro como antes
el reino ajeno de las cosas sino sólo
el muro que defiende su silencio.

Tú te callabas para darnos la palabra
y en tu hueco latía el corazón del Hombre.
Nosotros en cambio nos callamos
para no decir palabra.

En nuestro hueco
sólo hay sangre que se azolva ...

Un largo fulgor de adrenalina.

36

Acércate. Toma mis manos.
De la otra vida tú y yo conservamos todavía
la intimidad nimbada de esta mesa
donde aún se abrazan tus palabras y las mías
para invocar juntas el mundo que perdimos.

Toma mis manos.
Ven. Toma mis manos.
Somos aún esta mañana
un ascua de su fuego.

37

Escúchate al hablar
pero también dite al oír ...

Sobre las duelas
bajo las vigas
cruje la madera
hacia nosotros
en el centro
dentro

En esta intimidad
de cuadernas invertidas
no hablamos del mundo
ni oímos hablar del mundo :
nuestra conversación es el mundo.

Escúchalo en tu boca.
Dilo en tu oído ...

Lo que aún queda.
Lo que queda

Epígrafes: 1) Alfonso X, *Primera crónica general de España*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, Bailly y Baillièrre Editores, Madrid, 1906, tomo I, p. 324; 2) Victor Klemperer, *The Language of the Third Reich*, Trans. by Martin Brady, Continuum, London / New York, 2002, p. 127. Traduzco la frase que en inglés dice: "No, they don't lend themselves to gentle melancholy these ruins of ours".

4. "¿Qué había entonces ahí que no hay ahora? / Llanuras... Pendientes... / Ahí había más orden", Saint-John Perse. // La idea de un destino que puede cogerse como una piedra viene de los *Diálogos con Leucó*, de Cesare Pavese.

10. "Then one day she turned up at our place. She felt it to be her duty as a German to make an open confession to her friends, and hoped that she could still consider herself to be a friend of ours". Klemperer, Op. cit., p. 105.

12. "la gota categórica", Ramón López Velarde. // "a oscuras y en celada", San Juan de la Cruz.

13. "Para que puedas hundir tu pie en la sangre, / y en los enemigos tenga su parte la lengua de tus perros", Salmo 68:24.

15. En sus *Hojas de Hipnos*, esa suerte de bitácora de la resistencia a los nazis, René Char advertía a sus camaradas que no tendieran la ropa al paso de los aviones.

16. La escena es real. La cuentan los refugiados españoles que cruzaron los Pirineos en pleno invierno, huyendo de las tropas de Franco. Pero ninguno de ellos recuerda el nombre de aquel guía.

19. Gilgul y dibbuk. Metempsicosis y posesión entre los cabalistas... Las almas de los justos transmigran hasta tres veces; las de los malos, hasta mil... Las "chispas de las almas" vienen de la cábala luriana, que concebía un alma principal (la raíz) de la que manaba una fronda de almas más pequeñas (sus reencarnaciones), pero también de Sem Tob, cuyas metáforas resume Scholem de este modo: "Los mundos que precedieron al nuestro y fueron destruidos eran como las chispas que se dispersan y se extinguen mientras el herrero golpea el acero con su martillo"... La doctrina de las shemittot hacía pensar a algunos en la reiteración de los ciclos cósmicos. Entre ellos, unos cuantos llegaban al extremo de creer que los ciclos se repetirían hasta que se revelara la letra que faltaba en el alfabeto con que estaba escrita la Torá. Cf. Gershom Scholem, *Kabbalah*, Meridian, New York, 1978.

21. El último verso alude a la tercera estrofa de las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique: “allá van los señoríos / derechos a se acabar / e consumir”.
23. La primera línea y la última son de Primo Levi. Cf. *Trilogía de Auschwitz —Si esto es un hombre, La tregua y Los hundidos y los salvados—*, Trad. de Pilar Gómez Bedate, Prólogo de Antonio Muñoz Molina, El Aleph, Barcelona, 3ª ed., 2010, pp. 157 y 152.
26. En *La Guerra de los judíos* (Lib V, cap. 12, ¶ 3) dice Flavio Josefo que era tal el hambre durante el sitio que Tito puso a Jerusalén que “muchos fallecían mientras daban sepultura a sus conciudadanos” (o, según otra traducción, que “morían encima de los que sepultaban”; y que “otros tantos ocupaban los ataúdes anticipándose al instante fatal” (o “huían a sepultarse vivos antes de que llegase el fin de sus días”); y añade que “con ojos secos contemplaban los que habían de morir a los que les precedían” (o que “los que morían postreros miraban a los muertos primeros con los ojos muy secos y sin virtud para poder echar una lágrima”). Cf. Flavio Josefo, *La Guerra de los judíos*, sin mención del traductor, Prólogo de Salvador Marichalar, Porrúa, México, 1988; y Flavio Josefo, *La Guerra de los Judíos*, sin mención del traductor, Editorial del Cardo, Buenos Aires, 2006... (¡Qué manía de piratear traducciones! Sé que Luis Farré tradujo del griego la obra completa de Flavio Josefo (5 vols.; Colección Valores en el tiempo 26-30; Buenos Aires: Acervo Cultural, 1961), pero no he podido consultar esta edición para contrastar las traducciones.)
28. Primo Levi (Op. cit.) y David Rousset (*El universo concentracionario*, Trad. de Michel Mujica, Anthropos, Barcelona, 2004) insisten en que era cosa de vida o muerte conservar la cuchara propia en los campos de concentración. Ambos se detienen a mirar el humo que sale de los hornos crematorios.
35. “Largo fulgor” ... José Juan Tablada, sí, aunque lo contrario de su pavorreal aristocrático.

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙